

# LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la imprenta de Meliton Suñer; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

## La fé.

### LEYENDA.

(Continuacion.)

### 2.<sup>a</sup> parte.

Cuatro años transcurrieron desde que vimos á Fernando la última vez, hasta la época en que nos encontramos. — A los cinco meses despues de los acontecimientos que acabamos de narrar, salió este de España con el objeto de visitar las primeras capitales de Europa, para ver si en otros países y entre otras jentes encontraba para su pecho la tranquilidad necesaria. — Volvióse al fin á su país despues de tres años de viajes, en los que consumió la mayor parte de su patrimonio, sin conseguir alivio para su mal.

Su exterior habia cambiado bastante. Habian perdido sus formas aquella robustez con que le conocimos. Su bella frente, que respiraba noble pureza, estaba surcada por algunas arrugas, signos en su edad indefectibles de un largo padecer; los pómulos de sus mejillas habian adquirido una grave proeminencia; sus ojos estaban mas hundidos; la boca parecia habersele dilatado; su color habia bajado tanto, cual si acabara de salir de una enfermedad; en una palabra, todas sus fac-

ciones habian perdido el ropaje de la juventud, y recibido en cambio el sello de la ancianidad. Siguió el cuerpo la transformacion de su alma: fué tan honda la herida, que no bastó á cicatrizarla cauterio alguno de cuantos empleó. La semilla del mal que Ricardo depositára en su seno, fructificó, produciendo al fin desastrosos resultados. Se dió á toda clase de goces materiales, creyendo hallar en estos la paz y la felicidad que tanto anhelaba; y como es condicion de aquellos el ser transitorios y fugaces, no bien dejaba de sentir su influjo, su afan crecia hasta el extremo de ser su mayor tortura. La necesidad se hacia cada vez mas violenta: y para satisfacerla, volvía á los placeres con el ansia que el calenturiento se dirige al vaso que ha de apagar la sed inestinguible que le devora. Conseguia por el pronto con estos remedios atenuar el profundo malestar que le asediaba, pero al concluir sus efectos, se despertaba crudo, tenáz é insoportable, reclamando una dosis mayor para adormecerse. Su naturaleza por otra parte se familiarizó tanto con esta medicina, que en lugar de cerrar su herida, era un escitante que la mantenía abierta, creando además la horrorosa necesidad de vivir en el vicio. ¡Desgraciado! ¡Había errado el camino!

Su enfermedad provenia del alma, y al

buscar en los placeres su estincion, consiguió solo agravar su estado, aumentando el número de sus males. El antídoto acabó por emponzoñar del todo su débil ecsistencia. Mas, lanzado por desventura en ese camino fatal, no le era dado detenerse un punto: no podia retroceder un paso, era preciso recorrerlo todo. La fatalidad, ó por mejor decir su inesperienza, le colocó en esa pendiente resbaladiza que insensiblemente le arrastraba hácia un término necesario. No podia contenerse ya: era indispensable continuar por esa senda hasta tocar el fin.

La crápula, la orjia, eran el campo donde mejor se encontraba, eran sus amigos mas verdaderos. ¡ Cuántas veces en medio de éstas y rodeado de sus compañeros de libertinaje, se le oia con voz ronca esclamar:

« Dadme vino: en él se ahoguen  
Mis recuerdos; aturdida  
Sin sentir huya la vida....  
Paz me traiga el ataud. »

Siempre tenia en sus labios á Espronceda ó Biron: los dos sublimes cantores del escepticismo.

En esta vida desenfrenada y borrascosa, siguió hasta disipar los pocos bienes que le restaban. Se encontró entonces solo, aislado, sin tener de que vivir. Sin recurso de ningun género: uno halló sin embargo. Apeló al juego. Las puertas de la dicha se abrieron para él al probar fortuna la primera vez en este. Tuvo buena suerte y ganó. Volvió y tornó á ganar. Su destino habia cambiado. Salió de la miseria en que habia caido, para nadar otra vez en la abundancia. La fortuna continuó por mucho tiempo prodigándole sus favores. Emprendió de nuevo su antigua vida: todo volvió á poseerlo en grande escala. Magníficos caballos, elegantes carruajes, mugeres seductoras, amigos miserables que le abrumaban con sus cínicas adulaciones: todo, todo volvió á lisonjearle, todo tornó á serle familiar. Las felicidades mundanas, todas vinieron en tropel á obsequiarle. Su ambicion presente es-

estaba colmada: su mas vehemente deseo satisfecho. Al fin llegó un dia en que la fortuna se cansó de protegerle y perdió todas sus ganancias: caballos, carruajes, alhajas, todo tomó el camino que trajo: todo lo arrebató el viento de la desgracia. Pidió prestado á sus amigos, y estos le volvieron la espalda: buscó por otra parte y encontró: no tuvo mejor suerte; perdió tambien. ¡ Estaba ahora en manos de su hado adverso! La desgracia le perseguia de muerte! Siguió jugando y contrayendo deudas, hasta caer en el mismo estado en que le encontramos el dia en que empezó este nuevo período de su ecsistencia. Acosado por la miseria y por sus numerosos acreedores, se retiró de los altos círculos que frecuentaba, y se introdujo en una sociedad de juego, cuyos individuos se ocupaban de mancomun en escamotear á los inocentes que concurrían á ella. Pero su desgracia era mayor que la habilidad de todos, y no logró en ninguna ocasion, por mas estrategias que inventó, llevar del bolsillo de sus compañeros que empezaban á mirarle con recelo, un real de ganancia. Su mala suerte fué tan contagiosa que contaminó á todos los miembros de aquella sociedad, viéndose entonces esta en la precision de disolverse por falta de capitales.

Una noche, salía Fernando con otros tres de cierta casa en la que habian perdido todos sus fondos, y uno de ellos, el de mas edad les hizo una proposicion que todos aceptaron gustosos. Hablaron un rato acerca de ella, y se separaron para reunirse al dia siguiente á las cinco de la tarde en el puente de Triana. Al dar la hora convenida, todos escepto Fernando se hallaban en el sitio designado. Al notar su falta, dos de ellos preguntaron á la vez.—¿Y Fernando?—No ha parecido, contestó otro.—Esperemos un rato, dijeron todos: pasaron diez minutos, y Fernando no parecia.

¿ Quién le ha visto hoy? preguntó el primero.—Ninguno creo, respondieron los in-

terrogados.—Dió el reló los tres cuartos para las seis, y al oírle exclamó uno de ellos lleno de impaciencia.—Ese hombre no viene.—¿Si tendrá miedo, repuso otro.—¿Vámonos sin él? preguntó el mas jóven.—¡Silencio! dijo interrumpiéndole el de mas edad.—Ya viene, ya está aquí.—En efecto, Fernando se dirijia pausadamente hácia aquel lugar y al parecer hondamente preocupado.—Acábaras, le dijo el último al llegar.—¿Cómo has tardado tanto? le preguntó otro.—Fernando levantó maquinalmente la cabeza y replicó: pues que hora es?—Las seis van á dár, le contestaron.—En marcha, dijo el que parecia jefe, y se encaminaron por la orilla del rio, tomando luego la direccion de un pueblecillo inmediato.

(Se continuará.)

*José Calderon Yanez.*

#### A DON NARCISO FAGES DE ROMÁ.

MIS GOCES EN EL CAMPO.

(Continuacion.)

#### III.

Dan las once...., descansando á la sombra de una encina voy con Julia platicando: si me callo, ella adivina sobre que estoy meditando.

En verdad que es un placer, cuando idea que sorprende hace nuestra frente arder, ver al lado una muger que nos mira y nos comprende.

—Pensando estás que la vida es un sueño y vanidad, y que no hay felicidad que reemplace á la pérdida: ¿lo pensabas?—Es verdad.

—Que es cosa triste vivir y á la cumbre del poder hoy presuroso ascender, para mañana morir!

¿lo adivino?—A qué mentir!  
—Despertarse, y de repente en toda la lozanía á un soplo febril, ardiente, sentir cual surca la frente una arruga cada dia....

Y una esperanza perderse, y caer una ilusion, y el semblante oscurecerse, y agotarse el corazon...!

¿no es verdad?—Tienes razon.

Mira, allá entre adormideras siete pies de tierra ocupan, ¡ayer del mundo lumbreras! los gusanos hoy se agrupan lamiendo sus calaveras!

Entonces nos distrae el eco de zampoñas afinadas, que en sus alas con ámbar perfumadas el céfiro nos trae,

y tocan en un cerro dos pastores, contando que las oyen sus amores.

Y oímos el latido de los perros, que siguen olfateando la ladera de los cercanos cerros, tras de liebre que corre muy ligera, parándose momentos afurdida como para buscar mejor salida.

Dejando la montaña, bajámos á la orilla del torrente: allí tranquilamente, sentado en una roca, con la caña espera el pescador lleno de anhelo que trague el pobre pez el duro anzuelo.

Otros, del sol curtidos, siguiendo la ribera, con mas gusto y provecho entretenidos, con la red barredera van sacando á puñados los peces en las mallas enredados.

En plácido reposo, la brisa respirando, les miramos á la sombra de un álamo frondoso; despues cuando al partir les saludamos, ellos con muchas preces nos hacen escoger algunos peces.

Mientras vamos contentos, el labrador reposa en el campo tambien unos momentos, y aguarda que su esposa, que baja ya por la escarpada senda, le traiga en refrigerio, la merienda.

Y come mas holgado, la bota aligerando una sangria, que el rico potentado en la ruidosa orgia: que el uno con cuidados se despierta, y al otro la sed de ellos desconcierta.

Y andando por aquellas alquerías, en donde es cada planta una belleza, corriendo van los dias sin penas ni tristeza, pura aspirando el alma los placeres del campo en dulce calma.

(Se concluirá.)

*José Blanxart y Camps.*

## Un Baile de máscara.

Escrito en francés.

Por A. D.

(Continuacion.)

Acababa de salir de la ópera, vacía y triste, y veía un salón lleno y alegre: corredores, palcos, patio, todo estaba atestado de gentes. Dí una vuelta por el salón: veinte máscaras me llamaron por mi nombre y me dijeron el suyo. Había notabilidades de la aristocracia ó del dinero, bajo innobles disfraces de *pierrots*, de postillones, de payasos ó de verduleras. Eran jóvenes de nombre, de corazón y de méritos, y allí olvidando familia, artes y política, reproducían una *soiré* del tiempo de la Regencia, en medio de nuestra época grave y severa. Me lo habían asegurado y sin embargo no había podido creerlo! Subí algunos escalones, y apoyándome en una columna, medio escondido por ella misma, fijé los ojos sobre aquellas olas de criaturas humanas que se movían á mis piés. Aquellos dominós de todos los colores, aquellos trajes pintarrajeados, aquellos grotescos disfraces, formaban un espectáculo que no tenía nada de humano. La música empezó. ¡Oh! entonces fué!... Aquellas extrañas criaturas se agitaron al son de la orquesta, cuya armonía llegaba á mí, mezclada de gritos, de risotadas, y de una algazara infernal. Se cogieron unos á otros por las manos, por los brazos, por el cuello, formaron un gran círculo, empezando por un movimiento de rotacion; hombres y mugeres golpeando el suelo con los piés, levantaban una nube de polvo, de la que la pálida luz que despedían las arañas hacia visibles sus átomos, girando dentro de su misma velocidad creciente, tomando posiciones caprichosas, haciendo gestos lúbricos, dando gritos, rodando siempre con más viveza, tambaleándose como hombres ébrios, dando voces como mugeres perdidas, con más delirio

que alegría, con más rabia que placer, se parecían á una cadena de condenados que cumplen una penitencia infernal, bajo la vara de los demonios. Esto pasaba á mis ojos, y á mis piés. Sentía el viento producido por sus carreras: cada uno de mis conocidos al pasar junto á mí, me dirigía palabras que me avergonzaban. Este ruido, este alboroto, esta confusion, esta música, estaba dentro de mi cabeza como dentro del salón. Muy luego llegué á no saber si lo que yo veía era un sueño ó una realidad. Llegué á preguntarme si no era yo el insensato y ellos los razonables. Me asaltaron extrañas tentaciones de hecharme en medio de aquel *pandemonium* como *Fausto* en medio del *aquel larre*, y estaba persuadido que entonces yo daría los mismos gritos, las mismas risotadas; tomaría las mismas posiciones, y haría los mismos gestos que ellos. Oh! de aquello á la locura no háy más que un paso. Me horroricé. Salí precipitadamente de la sala, perseguido por gritos parecidos á los rugidos de amor que salen de las cuevas de las fieras.

Me paré un momento debajo del pórtico, para calmarme: no podía aventurarme á andar por la calle con el espíritu tan confuso y agitado; tal vez no hubiera hallado mi camino, tal vez me hubiere echado debajo de las ruedas de algun carruage que no hubiera visto venir. Sentía lo que debe sentir un hombre embriagado que empieza á conocer su estado, y que sintiendo volver su razón, pero faltándole las fuerzas, se apoya con los ojos fijos y atontados contra un guarda-ruedas de una calle, ó de un árbol de un paseo público.

En aquel momento un coche se paró delante de la puerta, una muger bajó de él ó mejor se precipitó. Entró bajo el perístilo volviendo la cabeza á derecha é izquierda, como una persona que se ha perdido: llevaba un dominó negro y cubierta la cara con máscara de terciopelo, se presentó á la puerta.

— Vuestro billete, le dijo el portero.

— Mi billete, dijo ella; no lo tengo.

— Pues tomadlo en el despacho.

La del dominó volvió bajo el perístilo, registrándose precipitadamente todos los bolsillos.

— Ni un real! exclamó!... Ah! esta sortija.... Una entrada por esta sortija, dijo.

— Es imposible; contestó la muger que distribuía las targetas. Aquí no se hacen esta clase de ajustes, y rechazó el brillante, que al caer en el suelo, rodó hácia mi lado.

La del dominó quedó sin movimiento olvidando la sortija, abismada bajo el peso de un pensamiento. Cogí la sortija y se la presenté. Al través de su máscara ví que sus ojos se fijaban en los míos: me miró un momento como dudando, y después pasando precipitadamente su brazo debajo del mio: Es preciso que me hagais entrar, me dijo, por piedad: es preciso que entre.— Señora, yo salgo, le dije. — Entonces dadme seis francos por esta sortija, y me hareis un obsequio por el que os bendeciré toda mi vida.

Coloqué la sortija en su dedo, fuí á tomar dos billetes y volvimos á entrar juntos.

Al llegar al corredor, observé que temblaba. Entonces con la otra mano formó una especie de sortija al rededor de mi brazo.

Sufris? le dije. — No, no, esto no es nada, replicó, una congoja: ya pasó. Y me arrastró dentro de la sala.

Volvimos á entrar en aquel alegre *charonton* (4).

Tres veces dimos la vuelta por la sala, abriéndonos paso á duras penas por entre las oleadas de máscaras que se echaban las unas sobre las otras: cada espresion equívoca que llegaba á sus oídos la hacia estremecer, y yo me avergonzaba de que me viesén dar el brazo á una muger que tenía valor para oír semejantes palabras.

(Se continuará.)

A. B. de Erill.

(1) Casa de locos.

## No hi ha burlas ab lo amor.

Traduccion de Fr. Gerundio.

( Conclusión. )

Digué Dèu á Salomó

Vent que era tan bon xicot:

— Qué vols? ja sabs que ho puch tot...  
Demana á satisfacció.

— Senyor, respongué, voldria  
Esser lo sabi dels sabis.

— Concedit; ja de tos llabis  
Eixirá sabiduría.

Y en efecte, que jo probe  
No es precis, que fou axí;  
Perque tothom creu ab mí  
Que fou instruhit lo jove.

Y tothom sab igualment  
Que fou Rey, de Reys exèmples,  
Sòn temple lo mès gran temple,  
Sòn regne l' mès florescent.

Mès lo diable que es gat vell  
En fer trastornar los cors,  
Qué fa? l' tenta pels amors  
Y tot sen aná al bordell.

— Ja que á las donas t' inclinas  
Quantas, diu, tenirne intentas?  
Y l' pobre respon: setcentas,  
Y trescentas concubinas.

Y si algú creu per ventura  
Que los guarismes aumento,  
Sapia que l' que dich no es cuento,  
Puig consta de la Escripura.

Tontería!

Quant ho digué Calderon,  
Podeu pensar queu sabia.

Y David, aquell sant Rey,  
Que en lo mon feu tant de ruido?  
Lo de *in Domino confido*  
Lo del *miserere mei?*

Lo qui en Dèu y en la virtut  
Fundá tot lo sèu consol,  
No pensant en aquest sol,  
Sinó en la eterna salut?

Lo profeta que mereix  
Lo nom de just y de sant ,  
Lo qui en cada místich cant  
Pietat y zel imprimeix ?

Aquell sublime David ,  
En tocant lo pun d' amors ,  
Es escusat , bons senyors ,  
També tingue son desllís.

Y quin desllís !... se prendá  
De la hermosa Bethsebé !  
Li digué jo no sé qué ,  
Y sa virtut pifiá.

Y tement al seu marit ,  
Enviá la carta de Úriás ,  
Que se cita en nostres dias  
Aludint á lo dalt dit.

Vaja ! es cosa per demés  
En tractantse de faldillas  
No hi valen *salms* , *dies illas* ,  
Ni *beatus vir* , ni res.

No senyor ,

Jan ho tè dit Calderon  
No hi ha burlas ab lo amor.

Y Eneas , Napoleon ,  
Y César y Marco Antoni ,  
Aquiles , Cid.... lo dimoni....  
Poseuhi mils y milions.

¿ Y si eixos grans homenassos  
Cayguéren á la ratera ,  
A mi pobret , quem espera ,  
Que ni tinch forsa de brassos.

Ni sò un César , ni sò un Cid ,  
Ni un Hércules , ni un Samsó ,  
Ni un sabi com Salomó ,  
Ni un Sant com era David ?

Jo que ni tinch ciencia infusa ,  
Ni tampoch gracia especial ,  
Sinó un cor axí... tal qual ,  
Y un' ánima del' que s' usa ?

Ni basta lo dir jo evit'  
Los perills , las ocasions ,  
Puig venen sempre á pilons  
En aquest món malehit.

Per so may del meu voler

Men servesch sols per cumplir ,  
No vull res á mitg partir  
Sempre partir per enter.

No vullas , ó lector , may  
Ab amor partirne peras ,  
O no amar , ó amar de veras ,  
Peró de burlas jamay.

Trau ab mi est compte acertat :  
De amar nons escaparem ,  
Donchs á tota vela aném  
Y sufrim la tempestat.

Pues senyor ;

Jans ho digué Calderon  
No hi ha burlas ab lo amor.

Pau Estorch y Siqués.

## El Diamante (1).

LEYENDA FRANCESA.

(Continuacion.)

Estas tiernas y juiciosas palabras, hicieron renacer la calma en el corazan de la niña y la tranquilidad se pintó en sus facciones. Ella volvió á sus juegos y el padre á su trabajo; no obstante no podia olvidar el hermoso diamante, y usando de la permision concedida, jugaba con él como si fuera un juguete de poco valor, mientras discurría un medio para poder juzgar del efecto que debia producir en el adorno de la jóven condesa de Neinsberg.

La ventana que daba luz al cuarto y que miraba al rio Necker afluyente al Rhin, cuyas olas bañaban los cimientos de la casa, formaba al exterior una cornisa de cerca de un pié, como en casi todas las construcciones alemanas de aquella época, la que servia de pedestal á una estatua de la Virgen, hecha de madera de Nuremberg: la Santa imágen ideada y ejecutada bajo las sencillas tradiciones

(1) Véase el número 20.

del arte gótico, estaba adornada de una diadema, cuyos rayos dorados se veían adornados de piedras del Rhin, azules y encarnadas que el tiempo había hecho separar de sus vastas monturas. Un velo de tela de oro y plata bajaba desde la cabeza á los pies de la estatua y la cubría enteramente, como y también al niño Jesus colocado sobre el brazo izquierdo de su madre, á la que contemplaba con una sonrisa divina. Berta creyó que el diamante realzaría maravillosamente el efecto de la diadema de la madre de Dios, y reemplazaría con ventaja las piedras del Rhin que faltaban. «Y á más, se decía á sí misma la cándida criatura, puesto que las grandes señoras y las princesas llevan diamantes, no es justo que la Reina de las Reinas se vea sin ellos.» Subió pues sobre un escabel, alcanzó la estatua, y la bajó de su nicho, sin que su padre preocupado con su trabajo se apercebiera de toda esta operación. Luego de haber colocado el diamante en el centro de la diadema, volvió la Virgen á su puesto, y fuese á sentar silenciosamente en el ángulo mas obscuro del aposento, y como era ya muy adelantada la noche no tardaron en cerrarse sus párpados. En estos momentos indecisos, indefinibles, en que el alma fluctua entre la realidad y el idealismo, se le figuró ver á la Virgen cuyo rostro inundado de luz celestial le sonreía con una dulzura inefable, mientras que encima de su cabeza brillaba el diamante en el cuadro oscuro de la ventana, como la estrella polar en el firmamento. En el mismo instante se apercebíó á lo lejos un vago ruido de remos batiendo las aguas del Necker, el que fué acercándose mas y mas hasta llegar al pié de la ventana, donde cesó por completo: desvaneciósse entonces la celeste vision, y Berta quedó profundamente dormida.

El ruido de los remos había llamado la atención de Misler. El profundo silencio que sucedió de repente al ruido producido por la niña al tratar de conciliar el sueño, y el haber acabado la montura del diamante, le sacó de su preocupacion, é hizo que aquel se acordase de él, que buscó con avidez en torno suyo y por su alrededor.

(Se continuará.)

Alberto B. de Erill.

## El hurto del asno.

Iba Lucas Cuadrado con un burro al mercado; cuando dos estudiantes, (de aquellos de manteo que habia antes), al punto que lo vieron la idea concibieron de darle un chasco, por demás gracioso. Con paso silencioso vanse tras del incauto campesino, que llevaba el pollino cogido del ronzal, muy satisfecho de sacar de su venta gran provecho: sin temor ni conciencia, pero sí con extrema diligencia, al asno se acercaron, y en un abrir de ojos le quitaron la jáquima y esquila sonadora; calóse sin demora entrambos atavíos el estudiante de mas fuerza y bríos, y tras Lucas marchando aquella como siempre iba sonando, en tanto que el jumento se fué el otro á poner en salvamento. Subiendo una pendiente, quiso el labriego cándido é inocente, pues el piso era ingrato, cavalgar en su bestia un corto rato; pero al volver la cara con espanto repara en la metamorfosis que se ofrece á su vista, y que encanto le parece,

sin poder atinar por qué misterio  
era su burro un hombre, y hombre sério;  
pues el buen estudiante

era grave de aspecto y de semblante.

«No temas, (este dijo),  
tu turbacion colijo  
al ver el cambio que ahora en mí se ha obrado.  
Yo cometí un pecado  
años ha, que en pensarlo aun hoy me aburro,  
siendo en castigo convertido en burro:  
rebuzné largamente,  
dí coces impaciente,  
mas todo en vano fué, no saqué raja;  
tuve que comer paja,  
recibí muchos palos, de los buenos,  
no siendo tú en verdad quien me dió menos.  
Mas ya compadecido  
el cielo de mi mal, ha permitido  
que vuelva á mi figura verdadera;  
y tan solo quisiera  
me des la libertad, pues te dispenso  
los golpes que me has dado y poco pienso.»

Describirse no puede  
el pasmo del patán, que á todo escede:  
hechas fuentes sus ojos,  
poniéndose de hinojos  
y pidiendo perdon al asno humano,  
con temblorosa mano  
el ronzal le quitó que le affigia,  
y tomó cada cual distinta via.

Algun tiempo pasado,  
volvió nuestro buen Lúcas al mercado;  
y haciéndose mil cruces,  
notó que unos gitanos andaluces  
puesto en venta tenian su jumento:  
miróle y remiróle veces ciento  
hocico, orejas, pecho, lomo y rabo,  
y cerciorado al cabo,  
le dijo á su colete:

«no hay duda, es mi asno prieto,  
con sus patas peladas;  
lo que prueba que ha vuelto á las andadas  
aquel gran pecador no arrepentido.»  
—De allí á poco llegándose al oido  
del burro le decia,  
con socarroneria:  
«no esperes que á comprarte yo me acerque;  
el que no te conozca que te merque.»

BUENAVENTURA PEREZ.

## La corrida de toros.

Bendito sea lo moreno—y lo rubio naca-  
ráo—y las altas y las bajas— y los cuerpos  
resalaos,—y los pies como piñones—y los  
brazos torneacs—y el abanico con aire— y con  
vendabal el garbo,—y los ojos retrecheros—  
quita-penas y pecaos,—y los mozos buenos  
mozos—ya sean altos ya sean bajos—con  
la mano en la caéra—y en la boca su cigar-  
ro—y el sombrero echáo pá lante—y el mi-  
rar desenfadao,—que van á ver las corrias  
—de los toros en verano—y embalsaman el  
reondel—la atmósfera refrescando,—y dan-  
do vida á la vida—echando penas á un LAO  
con las caritas de pascua—y la sal esparra-  
mando;—que entre palabras con chiste,—  
entre chistes tan VARIAOS,— y entre aquel  
mar de colores—de tanta gracia ESTRELLAO,  
—por mozas tan sandungueras,—se vá el  
sitio mareando,—el mundo toca á NAJENCIA—  
y en la gloria nos sentamos—á ver la corria  
de toros—vestiditos y CALZAOS.

## Moralejas.

Una tarde jugando á la pelota  
perdí el dinero y me rompí una bota;  
el juego que parece mas sencillo,  
ataca de mil modos al bolsillo.

Una gata parienta de un venado,  
suicidóse por no haberse casado,  
esclamando al morir con son profundo,  
«¡que haya un cadáver mas, que importa al  
[mundo!

Por los extractos,

F. Zappino.

Director y Editor, FRANCISCO P. VARELA.